GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

EL HIJO PREDILECTO,

ó

LA PARCIALIDAD DE UNA MADRE,

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

Don Eugenio de Tapia.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PERSONAS.

DON FERNANDO, *caballero sevillano.*
DON VALERIO. . . } *Hijos de don Fernando.*
DON SERAFIN. . . }
DON LORENZO, *hacendado rico y noble de Sevilla.*
DON JUDAS, *escribano.*
PASCUAL, *mayordomo de don Fernando.*
DOÑA ENCARNACION, *muger de don Fernando.*
DOÑA ISABEL, *hija de don Lorenzo.*
BLASA, *muger de Pascual.*
ELENA, *criada de doña Encarnacion.*

El teatro representa en los tres primeros actos la sala de un cortijo en las inmediaciones de Sevilla, con tres puertas, una en medio y dos á los lados. En la sala habrá un balcon que mira al campo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

PASCUAL *y* BLASA.

Blasa. Mucho me temo, Pascual,
que no salgan segun piensas
tus cálculos, y paguemos
bien caro las diligencias
que estás haciendo. Te metes
en laberintos; arriesgas
la plaza de mayordomo,
que nos da segura renta,
y haces muy mal: te lo he dicho
otra vez, mas no te enmiendas.
Te has hecho el correveidile
del señorito... ¿Qué esperas
sacar de esas trapisondas,
del ansia que manifiestas
porque le nombre su padre,
segun el ama desea,
sucesor del mayorazgo
electivo? Es mucha tema;
harto mas justo seria
que la eleccion recayera
en don Valerio, el mayor,
que tiene mejores prendas:
no es haragan como el otro,
ni jugador, ni tronera...
Pascual. No sé qué te ha hecho el segundo,
para que asi le aborrezcas.
Blasa. Desde niño descubrió
inclinaciones perversas.
Su diversion favorita
coger murciélagos era;

clavarlos en la pared,
y aplicarles la candela;
y despues quemar al gato
los bigotes: ¡qué pröezas!

Pascual. Cosas de muchachos.

Blasa. Pero
los muchachos que asi empiezan,
cuando se hacen hombres suelen
tener corazon de fiera.
Éste ademas es muy falso,
y engaña con falaz lengua
á su madre, la agasaja,
la mima, la lisonjea;
y está la buena señora
con el niño chocha y ciega.

Pascual. ¡Imprudente! Calla, calla;
que te pierdes si blasfemas.
Tú no entiendes de estas cosas,
ni prevés las consecuencias
como yo, que cazo largo,
y jamas yerro una pieza.
El amo está muy enfermo;
nada, nada le aprovecha;
ni el aire sano del campo,
ni jarabes, ni franela,
ni leche de burra: el asma
puede mas que las recetas;
de los Galenos se burla,
y si Dios no lo remedia,
una noche aprieta mas
la tos maldita, y requiescat.
Por eso con tanto ahinco
el ama insiste y le estrecha
para que haga testamento;
y le hará, quiera ó no quiera,
porque la señora siempre
consigue lo que proyecta.
El escribano saldria
á las cinco ó cinco y media
de Sevilla, y como solo
tiene que andar una legua

llegará aqui muy en breve.
Supongamos, pues, que llega,
que testa el amo, y al hijo
menor el vínculo deja,
como está dispuesto; al sol
me arrimo que mas calienta;
en mi gramática parda
esta es infalible regla,
seguir al mas poderoso:
así en el mundo se medra.

Blasa. Mira no te lleves chasco:
puede ser que á tiempo venga
el señorito mayor,
y conjure la tormenta.
Ya sabes que llegó á Cadiz
hará seis dias; pudiera
venir hoy mismo ó mañana.

Pascual. Tan pronto no se le espera:
tiene que hacer, necesita
conseguir antes licencia:
los marinos no se mueven
jamas del puerto sin ella.

Blasa. Se la darán; ¿quién lo duda?
Puede ser que ya la tenga.
Asi tambien lo presume,
y me lo dijo en la huerta,
doña Isabel de Laguna;
por cierto que estaba inquieta
y conmovida; sospecho
que el marino la interesa.

Pascual. Pues si es asi, que renuncie
á tan diabólica idea,
porque la quiere su hermano,
y va á casarse con ella.
Hace dias que los padres
sin que nadie lo supiera,
concertaron esta boda,
que aun se mantiene secreta.
Mañana viene la novia,
todo de una vez se arregla;
van á casarse á Sevilla,

Y tendremos francachela.
Blasa. ¿Y quién te ha comunicado
esas noticias tan frescas?
Pascual. El señorito me dió
parte de ello con reserva
hace poco.
Blasa. Vaya, vaya;
¡qué boda! No lo creyera,
pues al parecer la niña
está poco satisfecha.
La habrá obligado su padre,
que es un Neron... ella tierna,
medrosa, sin madre, viendo
aquel gesto, aquellas cejas
sombrias, y recelosa
de ir á parar á una celda,
el sí daria... Estas bodas
por interes, no son buenas:
producen por lo comun
muy fatales consecuencias.
Pascual. Silencio, que siento pasos.
Blasa. Tu señorito se acerca.

ESCENA II.

Dichos y DON SERAFIN.

D. Seraf. ¿Qué hace el santo matrimonio?
¿Está de paz ó de guerra?
Pascual. En un medio, hay suspension
de hostilidades y tregua.
Blasa. Gracias á mi buena pasta
que aguanto.
Pascual. Calla, embustera!
Todas nuestras disensiones
empiezan siempre por ella.
D. Seraf. Tienes razon, quien provoca
las disputas son las hembras.
Mucho tarda el escribano.
Pascual. Parece que gasta flema.
D. Seraf. Yo quisiera que llegase,

antes que padres volvieran
de paseo.

Blasa. Los señores
Darán bien pronto la vuelta;
pues como está su merced
tan delicado, se alejan
poco, y á la Cruz del Campo
nunca la berlina llega.

D. Seraf. El sol está ya muy bajo.
Asómese usted, y vea (*A Blasa.*)
si el escribano parece.

Blasa. (*Asomándose al balcon.*)
Sí señor, ya está muy cerca;
Y por mas señas que viene
de chupa y casaca negra.

Pascual. Para hacer un testamento
Bueno es que de serio venga.

D. Seraf. (*A Blasa.*) Vaya usted á recibirle,
que es personage de cuenta,
y á mandar que echen cebada.

Blasa. ¿A quién?

D. Seraf. Es claro, á la bestia.

Blasa. Ya estoy: acaso el ginete
mejor el pienso merezca.

ESCENA III.

DON SERAFIN Y PASCUAL.

D. Seraf. ¡Qué dicha, Pascual! El tiempo
de mi fortuna se acerca.

Pascual. Yo lo creo: mayorazgo,
novia muy joven y bella,
y un buen dote es, como dice
el refran, miel sobre ojuelas.

D. Seraf. Con eso tendré recursos
para entregarme á banderas
desplegadas á la caza
y al juego, mis predilectas
diversiones.

Pascual. En el juego
no tiene usted buena estrella.

D. Seraf. Sin embargo me perezco
por él, cuanto mas me pelan
mas aficion tengo: dame
tres onzas, y pon en cuenta
esta cantidad, á estilo
de mayordomo, con esas
transformaciones que haceis
en la suma y en la resta.

Pascual. Yo no hago fraudes ni trampas,
que soy hombre de conciencia.

D. Seraf. ¡Bribon! ¿Piensas engañarme?
Vamos en el lucro á medias:
dame las onzas.

Pascual. Veré
de hacer, como mejor pueda,
un enredo... Pero chito,
que el escribano se acerca.

ESCENA IV.

Dichos y DON JUDAS.

D. Jud. Buenas tardes, señorito.

D. Seraf. Felices. ¡Con qué impaciencia
aguardaba á usted, D. Judás!
¿Y la familia está buena?

D. Jud. No hay novedad, á Dios gracias.

D. Seraf. Siéntese usted.

D. Jud. Con licencia:
bien necesito el descanso,
que traigo unas agugetas...
¡Trotaba tanto la mula!

D. Seraf. ¿Es de alquiler?

D. Jud. Y manchega.
Así á lo menos se llama.

Pascual. Suelen salir pocas buenas:
si fuesen burros, los hay
famosos en esa tierra.

D. Jud. ¿Y mi señor D. Fernando
cómo está?

D. Seraf. Mal; esa perra
tos le ahoga, y por desgracia

el médico nunca acierta:
es un zopenco.

D. Jud. ¿A que sabe
mas medicina un albéitar?

D. Seraf. Pascual, lárgate, que vamos
á hablar de cosas secretas.

Pascual. Quiera Dios que todo salga
segun usted lo desea.

ESCENA V.

DON SERAFIN *y* DON JUDAS.

D. Jud. ¿Con que al fin, su señor padre
de usted sériamente piensa
en hacer disposicion
testamentaria? Lo acierta;
somos mortales, y es justo
tener las cosas en regla.
Y usted será, segun dicen,
la persona que suceda
en el mayorazgo.

D. Seraf. Cierto.
Mas conviene darse priesa,
antes que mi padre dude,
y arrepentido se vuelva.
Con usted hablar se puede
del asunto sin reserva.
Costó mucho convencerle:
le escarbaba la conciencia
sin duda; pero mi madre
que estaba por mí, y es diestra,
instó en mi favor, le habló
con elogio de mis prendas;
le dijo en fin, que mi hermano
tiene brillante carrera;
yo ninguna.

D. Jud. Un mayorazgo
no necesita tenerla.

D. Seraf. Eso digo yo, que estudie
la gente pobre y plebeya;

pero los nobles y ricos
no señor, que se diviertan.

D. Jud. ¡Dichosos ellos que gozan,
mientras que los otros reman!
Yo tambien contaba un dia
con esa boba prebenda.
Entrar esperé en el goce
de un vínculo que en Lucena
mi hermano mayor tenia,
hombre ya de unos cincuenta;
mas, para servir á usted,
se casó con su doncella;
tuvo sucesion, y larga,
porque la cuñada, que era
alegre, moza y robusta,
parió mas que una coneja.

D. Seraf. ¡Qué desgracia, siendo viejo
tener toda esa caterva
de chiquillos, esa plaga
de sucesion el babieca!
Pero volviendo á mi asunto,
luego que mi padre venga,
al negocio; si quisiere
dilatarlo, no dar treguas,
que el mal es traidor, y puede
ahogarle sin que se advierta,
y entonces... Aqui hay tintero,
buenas plumas, salvadera,
papel sellado... ¿Qué escucho?
parece que se oyen ruedas:
¿será la berlina? Sí,
(*Asomándose al balcon.*)
yá está parada á la puerta.
Amigo, llegó el momento;
hágalo usted bien y apriesa,
que yo soy agradecido
y buen pagador.

D. Jud. ¿Quién piensa
en intereses?

D. Seraf. Con todo,
no vienen mal las pesetas,

que en este pícaro mundo
nada se logra sin ellas.

D. Jud. Y el que las tiene se engríe,
se engalana y pavonea:
recibe inciensos; le llaman
entendido, aunque no sepa
el abecé; y como gracias,
sus rebuznos se celebran.

D. Seraf. Por eso yo no he querido
calentarme la cabeza
en los estudios: teniendo
mayorazgo, tendré letras
y aplausos, y me harán versos
poniéndome en las estrellas

ESCENA VI.

Dichos. D. FERNANDO *y* DOÑA ENCARNACION.

D.ª Enc. ¡Hola, señor secretario!
Bien venido.

D. Judas. A la obediencia,
señora. Usted, caballero,
¿cómo está?

D. Fern. Con pocas fuerzas;
pero en lo demas me siento
aliviado.

D.ª Enc. No le aqueja
tanto la tos.

D. Jud. Dios querrá
que ese mal desaparezca.
Cuando no son eficaces
los remedios de la tierra,
no hay cosa como apelar
al cielo.

D. Seraf. (*Aparte.*) Bien sermonea
el diablo predicador.

D.ª Enc. Ya hemos hecho una novena.

D. Seraf. (*Al oido del escribano.*)
Al negocio, que se pierde
el tiempo.

D. Jud. (*A don Fernando.*)
Si usted se encuentra
en disposicion de hacer
el testamento...

D.ª Enc. No hay priesa:
refrescaremos.

D. Seraf. (*Aparte.*) ¡Qué calma!
Me estoy consumiendo.

D.ª Enc. (*Llamando.*) Elena!

Elena. (*Desde adentro.*)
Voy volando.

D. Seraf. Son tortugas,
y siempre dicen que vuelan:
yo iré á avivarla.

ESCENA VII.

Dichos, menos DON SERAFIN.

D.ª Enc. Este chico
me encanta por su viveza.

D. Jud. Lo creo, se le conoce
que es muy listo, una pimienta.

D.ª Enc. ¿Y qué hay de nuevo en Sevilla?

D. Jud. Muchos pleitos: no nos dejan
descansar: como quedaron
todas las cosas revueltas
en el tiempo que mandaban
los negros, malditos sean,
ha de pasar mucho tiempo
antes que á su caja vuelvan.
Y gracias que dure mucho
este paternal sistema
del absolutismo. Tienen
minada toda la tierra
los francmasones: se juntan
en Gibraltar, nos acechan
desde allí, previenen armas,
espediciones intentan;
y si aquí no derribamos
dos millones de cabezas,

es de temer que nos canten
el trágala por tercera
vez. Dios nos libre: quedamos
los escribanos por puertas

ESCENA VIII.

Dichos, BLASA *con una salvilla de bebida*; ELENA *en seguida con una bandeja de bizcochos*, *y detras* DON SERAFIN.

Elena. (*A D. Serafin al entrar.*)
No pellizque usted, ¡canario!
D.ª Enc. ¿Qué es eso?
D. Seraf. Aguijo á esta lerda.
Elena. (*Aparte.*) Si yo hablara... Mas callemos.
(*Corre D. Serafin á servir á D. Judas poniéndole en el plato un vaso de bebida y muchos bizcochos.*)
D. Seraf. Tome usted.
D. Jud. ¡Qué lisongera
bondad! No tantos bizcochos,
esto mas bien es merienda.
D.ª Enc. ¿No le gustan á usted?
D. Jud. Mucho:
siempre tuve la flaqueza
de ser goloso. Las monjas
de Santa Clara me llenan,
cuando voy al locutorio,
de mantecados. ¡Qué buenas
religiosas! Son modelos
de perfeccion: me embelesan.
D. Seraf. Coma usted, y no se arrobe
con las monjas: nadie niega
su virtud, ni les disputa
su habilidad y destreza.
Saben hacer buenos dulces,
y relicarios de seda,
y pilas de agua bendita
bordadas con lentejuelas.
Pero en lo que sobresalen,

es en la delicadeza
con que al niño Jesus visten
y la peluca le peinan.
A los bizcochos, D. Judas.

D. Jud. No me descuido: está fresca
la bebida, deliciosa:
venga otro vaso.

Blasa. No deja
gota el avestruz, engulle
bizcochos que se las pela.
¿Pero que estrépito se oye
allá abajo?

D.ª Enc. Cierto, suena
gran bullicio.

D. Seraf. Voy á ver
lo que motiva la gresca.

D.ª Enc. Salvajadas de los mozos.
Recojed, é idos afuera.
(*A Blasa y Elena.*)

ESCENA IX.

DOÑA ENCARNACION. DON FERNANDO Y DON JUDAS.

D.ª Enc. Hablemos de nuestro asunto,
D. Judas: mi esposo piensa
en disponer de lo libre
del modo que mas convenga,
y despues nombrar al hijo
que en el mayorazgo deba
suceder.

D. Fern. Pero aun vacilo,
no me resuelvo; quisiera
igualar á mis dos hijos
y no puede ser: ¡qué pena!
¿Por qué el fundador me puso
en la precision funesta
de elegir?

D.ª Enc. ¿Ahora vacilas?
¿Se dará mayor flaqueza?
¿No estás ya comprometido,
y de Serafin compuesta

la boda? ¿Qué se diria
si atras debil te volvieras?
Las personas de tu clase
deben guardar consecuencia.

ESCENA X.

Dichos y BLASA, *que sale alborozada con luces.*

Blasa. Albricias, señor, albricias:
la alegria me enagena.
D.ª Enc. ¿Qué es esto, señora Blasa?
¿cómo asi tan vocinglera
entra usted, sin reparar
que nos aturde y molesta?
Blasa. El señorito Valerio
está al pie de la escalera.
¡Qué felicidad! Ya sube.
¿No oye usted su voz?.. Ya llega.

ESCENA XI.

Dichos y DON VALERIO *que corre á abrazar á su padre.*

D. Val. ¡Amado padre!
D. Fern. ¡Hijo mio!
¡Qué gozo recibo al verte!
D. Val. Deme usted, madre, los brazos.
D.ª Enc. ¿Cómo de ese modo vienes
sin darnos antes aviso?
D. Val. ¡Estaba tan impaciente!
Conseguida la licencia
no pude ya detenerme
un momento.
D.ª Enc. Estando asi
tu padre, no fue prudente
determinacion venirse
de improviso á sorprenderle.
Le tiene muy encargado
el doctor que no se afecte,

que esté sereno, y tu vista
repentina le conmueve.
Sino mira como tiembla,
cuán pálido está: ¿qué sientes?

D. Fern. Nada. Valerio, á mis brazos
para consolarme vuelve.
Mucho he sufrido, hijo mio,
mientras has estado ausente.

D. Val. ¡Qué dolor! Es necesario
resistir con alma fuerte.
Yo cuidaré á usted ahora,
padre mio, estaré siempre
á su lado, pasearemos
juntos, y el salubre ambiente
del campo, y las medicinas
curarán á usted en breve.

D.ª Enc. Está muy fresca esta sala:
ya se percibe el relente
de la noche; pasaremos
(A D. Fernando
á la otra pieza, si quieres.

D. Fern. Enhorabuena; me siento
reanimado, y mas alegre.

(Al entrarse todos, D. Judas detiene á Doña Encarnacion, y en voz baja le dice:

D. Jud. ¿Y yo, señora, qué haré?

D.ª Enc. Usted esta noche duerme
aqui, y mañana temprano
hablaremos.

ESCENA XII.

D. JUDAS *solo.*

¡Buena gente!
Me hallo bien: refresco, cena,
mullida cama, pesebre
para la mula de balde,
y buena paga... que me entren.

ESCENA ULTIMA.

D. JUDAS *y* DON SERAFIN, *que entra por la puerta del foro.*

D. Seraf. Don Judas, ¿ha visto usted
cuál me persigue la suerte?
¡Venir mi hermano tan pronto!
¡Qué demonio de incidente!
Es fatalidad. Ahora
habrá dimes y diretes,
riñas... y no será estraño
que con usted tambien pegue,
porque tiene un genio duro,
y con cualquiera se atreve.

D. Jud. Lo veremos; ejerciendo
yo mis funciones, ¿quién puede
hacerme cargo? La ley
me autoriza y me defiende,
y con su escudo no temo
al militar mas valiente.

D. Seraf. Eso me gusta, firmeza;
usted nunca se doblegue.
Nosotros dos siempre unidos,
y amigos hasta la muerte.
Si generoso mi hermano
á usted dinero ofreciere,
lo cual dudo, por su genio,
y ademas porque no tiene;
yo daré doble, si usted,
cual confio, me sirviere
con fidelidad.

D. Jud. Nosotros
debemos ser los mas fieles
por nuestro oficio: descuide
usted; no hizo mas Orestes
por Pílades, que haré yo
por servirle y complacerle.

D. Seraf. Venga esa mano: ¡qué nobles
sentimientos!

D. Jud. Los de un héroe.
Vamos adentro, no digan
que usted conmigo se entiende.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. VALERIO *y* BLASA.

D. Val. Puesto que usted se interesa
en mi bien, y por fortuna
estamos solos, espero
que la verdad me descubra
sin rebozo.
Blasa. Usted confie,
que la diré bien desnuda.
D. Val. ¿A qué vino ese escribano?
Blasa. A embrollar; ¿quién lo pregunta?
A forjar un testamento
y hacer una cosa injusta,
privando del mayorazgo
á usted sin razon alguna.
Y, con perdon, mi señora
es la que tiene la culpa.
Como su hermano de usted
es zalamero, y la adula,
y hay madres...
D. Val. Advierta usted
que un hijo suyo la escucha:
si hemos de seguir hablando,
no haya glosas ni censuras.
Blasa. Estoy con las preferencias
muy mal; pero pues disgustan
las glosas, diré los hechos
pelados. Con la oportuna
venida de usted anoche,
y la algazara y la bulla,
se les frustró la intentona;
pero hoy hacen de las suyas.

Esta mañana á las siete,
mal pergeñada, en ayunas,
entró su madre de usted
en el cuarto de don Judas,
y estuvieron largo rato
los dos solos de consulta.
Luego quedó el fariseo
solo, y tomando la pluma
se puso á escribir, lo vi
todo por la cerradura.
A estas horas estendido
está el testamento, busca
los testigos, firma el amo,
y usted se queda á la luna
de Valencia. Señorito,
ojo alerta, que es astuta
la gente, y si usted se duerme,
se la pegan, y le burlan.
Hay mas: hoy deben llegar
don Lorenzo de Laguna
y su hija Isabel: con ella,
segun lo resuelto en junta
de los padres, va á casarse
su hermano de usted.

D. Val. Confunda
el cielo sus planes: Blasa,
¿es eso verdad?

Blasa. No hay duda;
lo ha dicho don Serafin
en secreto.

D. Val. ¡Oh desventura!
¡Haber yo venido aqui,
donde todos se conjuran
en mi daño! ¿Y ha podido
Isabel?.. ¡Cuál nos ofusca
una pasion! Yo la amaba,
aspiraba á la ventura
de ser su esposo...

Blasa. No en vano
hice yo mis conjeturas.
Era forzoso que hubiese

alguna pasion oculta;
porque hablándome de usted
Isabel, la ví confusa,
agitada, con vergüenza...

D. Val. No estraño que se confunda.
Al partir para la Habana
lleno el corazon de angustia,
la declaré esta pasion:
escuchóme con dulzura:
pero al contestar estuvo
indecisa, irresoluta.
Díjome que dependia
de un padre...

Blasa. Y á fé que es dura
esa dependencia: vive
esclava como una turca.

D. Val. Que para empeños de amor
la ocasion no era oportuna;
que el deber de mi destino,
la separacion, sus dudas,
su situacion tan incierta
en aquella coyuntura,
la aconsejaban ser cauta
y no aventurarse: en suma
no reprendió mi franqueza,
ni despreció mi ternura;
antes bien, al despedirme
triste la ví mas que nunca.
Partí; durante mi ausencia
el odioso enlace ajustan,
y prefieren á mi hermano
nacido con mas fortuna.
¿Cómo se prestó Isabel
á esa union?

Blasa. Como otras muchas,
que por el rigor paterno
sufriendo están la coyunda:
¡y de esas violencias luego,
cuántas desgracias resultan!
El marido por un lado,
la muger por otro, buscan

ilícitas distracciones:
es infernal barahunda
la casa; se despilfarra
cuanto hay en ella. ¡Locuras
de mundo! ¡Cuánto mas vale
casarse á gusto! Hay holgura
y paz: no corre el marido
con gente loca la tuna,
ni la esposa al chichisveo
complace en citas nocturnas.
Pasos oigo. El escribano.
(*Mirando hácia una de las puertas.*)
D. Val. Me voy. (*Se vá.*)
Blasa. Pues yo con astucia
me quedo por sonsacarle:
él, sin embargo, es muy trucha.

ESCENA II.

BLASA *y* DON JUDAS.

D. Jud. (*Aparte.*) Qué hará aqui la colorrona?
Blasa. (*Aparte.*) Mala cara tiene el Judas.
¡Qué temprano estaba usted
en pie! Mucho se madruga.
D. Jud. No he pasado buena noche;
me han molestado las pulgas.
Blasa. Es lastima. ¡Qué no fuesen (*Ap.*)
de alacran las picaduras!
En estas casas de campo
grandes molestias se juntan:
mosquitos, chinches, moscones
que en el rostro dan y zumban.
Si usted no despacha pronto,
no estrañaré que se aburra;
bien que no será muy larga
la comision. Aunque ruda,
conozco bien que no pide
mucho tiempo una escritura,
un testamento, una carta
de dote: ¿es verdad?

D. Jud. ¡Tontunas!
Las mugeres nunca deben
meterse en esas honduras.
Blasa. Somos curiosas: queremos
saber las cosas ocultas.
D. Jud. Tenga usted presente aquella
de quien dice la Escritura,
que por volver la cabeza
solo, se convirtió en muda
estatua de sal. Si ahora
se usase pena tan dura,
saladas quedaran todas,
de carne y hueso ninguna.
Blasa. Usted está misterioso.
D. Jud. Y sordo á necias preguntas.
Blasa. Yo de averiguar no trato:
me encuentro muy bien á oscuras.
D. Jud. Y no es fácil sonsacar
á personas de la curia,
que alzan el vuelo y escapan,
si mucho los importunan.
Blasa. Son ustedes, en efecto,
águilas con negras plumas,
que á las nubes se remontan
con la presa entre las uñas.

ESCENA III.

DON JUDAS *solo.*

¡Habladora! Me ha dejado
hecho un mono la tal bruja.
Estos antiguos sirvientes,
ademas de ser lechuzas,
que del aceite y las otras
provisiones tanto chupan;
mil libertades se toman,
y de la franqueza abusan.

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

D.ª Enc. ¿Cómo tan solo?
D. Jud. Ahora mismo
se fue de aqui ese estafermo
de Blasa, que me ha tratado
con muy poco miramiento.
Esperó á que yo llegara
para sonsacarme, y viendo
que su astucia le servia
tan poco para el intento,
disparó una desvergüenza,
como ellas suelen hacerlo,
y fuese.
D. Seraf. ¿Pero qué dijo?
D. Jud. Que remontamos el vuelo
con la presa entre las uñas,
como si fuéramos cuervos.
D. Seraf. ¡Picarona! Es enemiga
nuestra, se inclina á Valerio,
y nos hará todo el daño
posible: yo la aborrezco.
D.ª Enc. Pronto saltará de casa:
por su marido la tengo;
que sino ya despedido
la hubiera hace mucho tiempo.
Hablemos de nuestro asunto:
¿se concluyó el testamento?
D. Jud. Sí señora, como usted
me encargó, ni mas ni menos,
Sin faltar coma ni tilde
en su prolijo contesto.
¿Voy por él?
D.ª Enc. No, hasta la siesta
guárdele usted. Don Lorenzo
vendrá con su hija Isabel
dentro de poco: hablaremos
con mi marido; es forzoso

prepararle, está algo terco,
y ahora mas con la venida
del hijo; pero poniendo
á su vista el compromiso
en que empeñados nos vemos,
cederá. Voy á la alcoba,
á observar si está durmiendo.

ESCENA V.

DON SERAFIN *y* DON JUDAS.

D. Seraf. Estoy en brasas, amigo:
esto se enreda; me temo
que mi padre ha de jugarnos
una pasada; le veo
muy vacilante: mi hermano
anda listo, está en acecho;
y si no se la pegamos
diestramente, volaverunt.

D. Jud. No obstante, mucho confio
en la destreza y talento
de la señora, le hará
firmar como en un barbecho.
No lo dude usted: ¡oh! tienen
las faldas gran valimiento.
Allá á solas, cuando todo
está en el mayor silencio,
cuando no hay testigos, hacen
las hembras sus embelecos.
Ruegan, importunan, lloran,
y el pobre marido, tierno,
mas manso con las caricias
y los mimos que un borrego,
cede y otorga, y ensarta
una porcion de requiebros,
y á Dios fortaleza: somos
unos pobres majaderos.

ESCENA VI.

Dichos y DOÑA ENCARNACION.

D.ª Enc. Aun descansa: no he querido
despertarle; ha estado inquieto
por la noche y desvelado,
hasta que le rindió el sueño.
D. Jud. Pues que no hago falta, voy
á aprovechar los momentos,
despachando cierto asunto
que es muy urgente: hasta luego.

ESCENA VII.

DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

D. Seraf. Este escribano es un lince.
D.ª Enc. Le mandé buscar por eso.
D. Seraf. Usted se lo halla hecho todo:
aqui ya no hay mas tropiezo
que mi hermano; y ha de hacer
de las suyas; es violento
y militar.
D.ª Enc. Poco importan
sus bravatas y sus fueros:
las armas de la muger
son de mas seguro efecto.
D. Seraf. Y como usted las maneja
mucho mas. ¡Qué entendimiento!
Estoy pasmado. ¡Ah, querida
madre! ¡cuánto es lo que debo
á su bondad!.. Un abrazo
de cariño.
D.ª Enc. Toma ciento.
Asi deben ser los hijos,
humildes, mansos y tiernos;
no como tu hermano, graves,
y despegados, y secos.
Desde sus primeros años

educado en un colegio,
y despues á la marina
dedicado, fue perdiendo
la inclinacion á la casa,
y á nosotros el afecto.
Tú al contrario, no faltaste
de mi lado; te estoy viendo
sin cesar, siempre obediente,
cariñoso...

D. Seraf. Y en obsequio
de mis padres siempre haré
los mas costosos esfuerzos.

D.ª Enc. Lo sé, hijo mio; y si llega
á faltar tu padre (el cielo
nos le conserve), no dudo
que cuidarás con esmero
de tu mamá, y como siempre
la tratarás.

D. Seraf. Por supuesto:
usted mandará en la casa;
yo obedeceré contento...
Pero alli viene Isabel
con su padre. ¡Tanto bueno!
(*Corriendo á recibirlos.*)

ESCENA VIII.

Dichos. DON LORENZO *y* DOÑA ISABEL.

D. Enc. ¡Con qué impaciencia esperaba
á ustedes! Salir debieron
mas temprano, que el calor
es ya bastante molesto.

D. Lor. Siempre he sido perezoso
para madrugar; prefiero
esta molestia, al disgusto
que da la falta de sueño.

D.ª Enc. ¿Viene usted, Isabelita,
muy cansada?

D.ª Isab. No por cierto:
el trecho es corto, y el coche

tiene muy buen movimiento.

D.ª Enc. Tomarán ustedes algo...

D. Lor. Yo por mí ganas no tengo.

D.ª Isab. Ni yo; nos desayunamos
antes de venir.

D.ª Enc. Mal hecho.
Aqui debieron ustedes
almorzar.

D. Lor. Yo no me muevo
de casa, sin tomar antes
el debido refrigerio.
Quiero ver á don Fernando.

D.ª Enc. Aun está en cama.

D. Lor. ¿Despierto?

D.ª Enc. No sé: venga usted conmigo,
y si aun reposa, hablaremos.

D. Lor. Vamos allá.

D. Seraf. Yo con esta
señorita aqui me quedo.

D.ª Enc. Está bien.

D. Lor. (*A doña Encarnacion.*)
Como son novios
querrán hablar en secreto.

ESCENA IX.

DON SERAFIN *y* DOÑA ISABEL.

D. Seraf. Isabelita, ¡qué triste
está usted! No lo comprendo.
¡En vísperas de casarnos
tener ese abatimiento!
Vamos, vamos; es preciso
alegrarse, enloquecernos;
pues tratándose de boda,
¿es el lance para menos?
¿Piensa usted que va á meterse
en un duro cautiverio?
Nada de eso, lo contrario:
va usted á encontrarse en medio
de un paraiso, servida,

obsequiada con estremo;
siempre en bailes y tertulias
partidas de campo, juego;
en fin, cuantas diversiones
haya inventado el ingenio
gozará usted: pues yo gusto
de la broma y el jaleo.
Este es mi franco lenguage:
no gasto mas cumplimientos
ni piropos, ni esas frases
de sentimentales necios
que se remontan hablando
á sus queridas, y en verso
las escriben, y les llenan
de ilusiones el cerebro.
Yo soy prosaíco, y me gusta
lo positivo y lo bueno.

D.ª Isab. Tambien yo soy muy amante
de la llaneza: mas quiero
urbanidad y decoro
para espresar los afectos;
que un hombre bien educado
no como el infimo pueblo
ha de vestir con inculto
lenguage sus sentimientos.

D. Seraf. Yo tambien, aunque no mucho,
de literatura entiendo,
y puedo hablar en estilo
mas culto... ¿Pero qué veo?
mi hermano viene: ¡maldita
casualidad!

ESCENA X.

Dichos y DON VALERIO.

D.ª Isab. (*Con espresion melancólica.*)
Don Valerio,
vuestra venida supimos
al llegar, y la celebro.

D. Val. Mil gracias: pronto mi vuelta

sabrá usted.

D.ª Isab. ¡Cómo! ¿tan presto?

D. Val. Sí señora: aqui es inútil
mi presencia.

D. Seraf. (*Aparte.*) Ya está impuesto
de todo: sabe sin duda
que en el mayorazgo debo
suceder.

D. Val. Me está llamando
la obligacion: solo tengo
cuidados, cuando otros gozan,
bien queridos y opulentos.

D. Seraf. ¿Lo dices por mí? No creas
que las riquezas anhelo,
ni que para conseguirlas
me valgo de ruines medios.

D. Val. Yo no trato de intereses,
ni jamas me ocupo en ellos.
Otros son, mas elevados,
mas nobles mis pensamientos.

D. Seraf. Tambien tengo yo los mios
y no envidio los agenos.
¿Juzgas que por ser paisano,
y no empuñar el acero
como tú, soy en el mundo
inútil, y valgo menos?

D. Val. Vales mucho, pues consigues
un bien de tan alto precio.

D. Seraf. ¿Lo dices por Isabel?

D. Val. Claro está.

D. Seraf. No la merezco.

D. Val. Tienes razon.

D. Seraf. Sin embargo,
no sé que merecimientos
tengas tú mas.

D. Val. Yo ninguno
en tu perspicaz concepto.

D. Seraf. ¡Cómo descubres la envidia!

D. Val. No insultes, ó vive el cielo...

D.ª Isab. Don Serafin, la violencia
produce tristes efectos;

esa envidia que usted dice
carece de fundamento;
que una muger como yo
es poco envidiable objeto.

D. Seraf. Yo bien sé lo que me digo,
y razon para hablar tengo.

D. Val. Agradece á esta señora
su mediacion: el respeto
me contiene.

D. Seraf. No es posible
que donde juntos estemos,
haya paz.

ESCENA XI.

Dichos y DOÑA ENCARNACION.

D.ª Enc. ¿Qué bulla es esta?

D. Seraf. Mi hermano con ese genio
tan duro...

D. Val. Y tú con la lengua
desenfrenada...

D.ª Enc. Callemos.
Serafin, Isabelita,
Venid conmigo. Valerio
eres mayor, y has debido
reprimirte, y dar ejemplo.

ESCENA XII.

DON VALERIO *solo.*

Sin haber dado motivo
tengo contraria á mi madre;
aunque su rigor esquivo
se compensa con el vivo
amor que debo á mi padre.
No asi la ciega pasion
en que Isabel me ha abrasado:
si pierdo su corazon,
¿quién en tan mísero estado
me dará compensacion?

ESCENA XIII.

DON VALERIO *y* BLASA.

Blasa. ¿Vió usted á Isabel?
D. Val. La ví
mas que á mi partida, hermosa,
aunque el alma dolorosa
en su rostro descubrí,
mustio cual pálida rosa.
Lleve mi hermano el tesoro
de los bienes que codicia,
y hágale feliz el oro;
pero no con injusticia
me arrebate el bien que adoro.
Yo su enlace no veré,
antes bien me alejaré
de las costas españolas,
y mi tumba buscaré
del mar profundo en las olas.
El sí que forzada lengua
pronuncia, es nulo, Isabel:
y ante las aras infiel
la que para eterna mengua
engaña á un hombre con él.
Aun es tiempo, yo de escudo
te serviré; diga el labio,
hasta ahora tímido y mudo,
la verdad. ¿Quién asi pudo
hacer tan injusto agravio?
Blasa, de usted un favor
exijo.
Blasa. Diga usted cuál.
D. Val. Quiero hablarla de mi amor,
antes que el nudo fatal
haga eterno mi dolor.
Blasa. ¿Hoy mismo?
D. Val. A la hora de siesta,
cuando reposando esten
las gentes de casa.

Blasa. Bien:
la avisaré; estoy dispuesta
á hacerlo en un santiamen.
Si quiere la señorita,
vendremos juntas las dos
despacio, á la callandita;
y yo fingiré una tos
muy propia para la cita.
Pero basta por ahora
que nos pueden acechar.

D. Val. ¿Con qué podré yo pagar
á tan buena servidora?

Blasa. Con apreciarme y callar.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ENCARNACION Y DON SERAFIN.

D.ª Enc. Poco tardará en venir
el escribano á la cita
con el testamento: ansío
ver de tu padre la firma
puesta en él. Si se opusiese,
le hablaré con energía,
para terminar hoy mismo
esta inquietud que me agita.
Asi mientras duermen todos
la siesta, y no nos espian,
podrá conseguirse el triunfo
sin competencia enemiga.

D. Seraf. Entretanto que D. Judas
viene, pues mi honor peligra,
voy á hablar de las sospechas
que tanto me martirizan.
Jamas Isabel ha estado
tan turbada y pensativa.
Asi la ví esta mañana,
y asi estuvo en la comida,
sin que una vez asomase
á sus labios la sonrisa.
Mi hermano la provocaba
con miradas espresivas;
y ella, con rubor, á veces
en él fijaba la vista.
¿Lo notó usted?

D.ª Enc. No miraba:
tuviéronme entretenida
D. Judas y D. Lorenzo;

mas creo que te fascinan
los celos, hijo: no tengo
de la honrada Isabelita
tan mal concepto, que crea
que de un galan á la vista,
sin otros antecedentes,
á un violento amor se rinda.
Las miradas de tu hermano
acaso serán de envidia,
como quien para sí dice:
¡qué no tenga yo tal dicha!

D. Seraf. Si en un renuncio le cojo,
arde Troya en ese dia.
No aguantaré yo como otros,
que me hagan tales cosquillas.
Estos militares son
atrevidos: se imaginan
que en llevando charreteras,
no hay muger que los resista.
Pues cierto que proporcionan
una fortuna lucida
á las míseras que caen
en su red. ¡Qué mala vida
llevan esas desdichadas,
mártires de la milicia!

ESCENA II.

Dichos y DON JUDAS *que se detiene un poco á la puerta.*

D. Jud. ¿Se puede entrar?

D.ª Enc. Adelante:
¿Viene ya en forma debida
el testamento?

D. Jud. Aqui está:
bien hecho, aunque yo lo diga.
Todas sus cláusulas llenas,
prolijamente estendidas
á lo antiguo, sin reformas
modernas, como se estila

entre los que han estudiado
la antigua y sana doctrina.
¿Quiere usted que se lo lea?

D.ª Enc. No, no, que se perderia
el tiempo: abajo esperando
estan las ordenes mias
los testigos. Vaya usted
á avisarlos.

D. Jud. Soy la misma
velocidad. (*Se va corriendo.*)

D. Seraf. Es ligero
el hombre como una ardilla.

D.ª Enc. A preparar á tu padre
vamos los dos.

D. Seraf. Madre mia:
estos celos del hermano
abrasan mucho, y me pican.

ESCENA III.

DON VALERIO Y BLASA, *que salen por el lado opuesto.*

D. Val. Soy muy desgraciado, Blasa:
voy á partir, es precisa
mi separacion: ¡negarse
á hablarme Isabel esquiva
delante de usted, durmiendo
todos la siesta! Está vista
su resolucion: no quiere
faltar á la prometida
palabra: teme á su padre.
¡Infeliz! Se sacrifica.

Blasa. Yo le di bien el recado,
mas no pude persuadirla.
Está muy amilanada,
muy triste; no tiene pizca
de resolucion, ni mundo,
cual si fuese una novicia.
No parece de esta tierra
en lo corta y encogida.

D. Val. Yo no llevaba otro objeto

que alentarla, reducirla
á que hablase francamente,
y conmigo convenida,
impidiéramos hoy mismo
esa union, y nuestra ruina.

Blasa. (*Mirando hácia la puerta del foro.*)
Gente viene: el escribano.
Me voy, porque si me atisva
irá con el cuento. (*Se va.*)

D. Val. ¿A qué
vendrá el bribon?

ESCENA IV.

DON VALERIO, DON JUDAS, *y otros tres sugetos, á quienes este dirige la palabra al entrar, y sin ver á* DON VALERIO.

D. Jud. De puntillas;
cuidado.

D. Val. ¿Adonde se va?

D. Judas. (*Aparte.*)
Me atrapó: ¡suerte maldita!

D. Val. ¿Nadie responde? D. Judas,
usted que á esa gente guia,
diga al punto sin rebozo
adonde van en cuadrilla.

D. Jud. Soy un legal funcionario;
la ley en mí deposita
la fé publica, y no puedo
comprometer las familias,
descubriendo los negocios
secretos que me confian.

D. Val. Baje usted el tono, y hable
con claridad.

D. Jud. No me obligan
los mandatos militares.

D. Val. ¿Y las pistolas tendrian
mas eficacia?

D. Jud. ¡Pistolas!
Esas son armas prohibidas.

D. Val. No para mí, que las llevo
siempre cargadas y listas.
Las verá usted.

D. Jud. No por cierto:
me escaparé.
(*Mirando á la puerta.*)

D. Val. (*Cogiéndole de un brazo.*)
No hay salida,
No mire usted á la puerta.
Y pronto adonde van diga,
ó vive Dios...

D. Jud. (*Aparte.*) ¡Qué encendidos
tiene los ojos! Me tira
sino le doy gusto, y caigo
redondo. ¿No hay quien me asista?
(*Mirando á los testigos.*)
Todos callan; no hay remedio,
á hablar el miedo me obliga.

D. Val. ¿Despacha usted, ó reñimos?

D. Jud. Despacho: con estos iba
á que el señor don Fernando
firmase, despues de oirla,
su voluntad postrimera,
con solemnidad escrita
en el público instrumento,
que yo, escribano en Sevilla
por el rey nuestro señor,
he otorgado en este dia,
y doy fe. Todo está dicho.

D. Val. Pues sin chistar, de puntillas,
vuélvanse ustedes por donde
vinieron; que ahora seria
un insulto ir á la alcoba
de mi padre. ¡Intempestiva
comision! ¿Quieren ustedes
acrecentar su fatiga
cuando descansa? Asesinos,
fuera de aqui.

D. Jud. ¡Santa Rita!
No he visto cara mas fiera:
me hace estremecer su vista.

ESCENA V.

DON VALERIO, *y despues* BLASA.

D. Val. ¡Cobardes! ¡cómo temblaban!
Todas las almas vendidas
al interes son asi:
el vil temor las humilla.

Blasa. ¿A qué vino el escribano?

D. Val. A hacer una picardía;
pero le ha salido falla
su esperanza. Blasa amiga,
voy á escribir un billete
á Isabel: ¿usted querría
llevársele?

Blasa. Sí, señor;
al instante usted escriba,
que yo llevaré la carta,
aunque me esponga.

D. Val. (*Señalando á la mesa.*)
Por dicha
Aqui hay papel y tintero:
pronto despacho.
(*Pónese á escribir.*)

Blasa. Vendria
ese pícaro escribano
á enredar á la sordina;
á ver si estaba aqui el ama,
y el negocio concluian:
¿no es esto?

D. Val. (*Sin dejar de escribir.*)
Pues.

Blasa. El lechuzo,
hambron, que este medio dia
se ha comido unos tasajos
de vaca, media gallina,
un pollo... ¿qué se yo cuánto
engulló, pese á sus tripas;
y despues de haber llenado
brutalmente la barriga,
le pagarán sus derechos,

le darán buena propina...

D. Val. Ya acabé; solo me falta
cerrar : ¡qué mala es la tinta!

Blasa. Mi marido la revuelve,
cuando escribir necesita,
con este palo de higuera:
¡Jesus! Me he puesto perdida.

(*Doña Encarnacion y don Serafin van á salir, y al ver á don Valerio y Blasa se detienen á la puerta, y diciendo los primeros versos se ocultan.*)

D.ª Enc. (*A don Serafin.*)
Es mucha tardanza... ¡Calle!
Ocultémonos, y atisva,
que Valerio escribe, y Blasa
está aguardando.

D. Seraf. ¿Cartita
tenemos? Se va encrespando
la cosa, y habrá bolina. (*Ocúltanse.*)

D. Val. Ya he cerrado : tome usted
la carta, y hasta la vista.

ESCENA VI.

BLASA *sola.*

¡Pobre muchacho! Es preciso
servirle : me desatina
la iniquidad que estoy viendo.
¡Sacrificar una niña
tan inocente! ¿y por quién?
por ese calaverilla.
Meto la carta en el pecho,
y voy allá derechita.

(*Encamínase á la puerta, tras de la cual estan ocultos don Serafin y doña Encarnacion, y al entrar se presentan estos.*)

ESCENA VII.

BLASA. DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

Blasa. ¡Jesus! Mas disimulemos. (*Aparte.*)
D.ª Enc. Venga esa carta, enemiga.
Blasa. ¿Qué carta?
D. Seraf. Suéltela usted,
hipócrita, entremetida,
vil zurcidora de enredos,
y de infames tercerías.
Blasa. ¡Yo zurcidora y tercera!
Por vida de... ¡qué ignominia!
D.ª Enc. Entréguela usted á buenas,
porque si es terca y me irrita,
vendrá Pascual, y á la fuerza
tendrá usted que descubrirla.
Blasa. No hay escape: es mejor darla,
que llevar una paliza.
Tenga usted. (*Entregando la carta.*)
D.ª Enc. Váyase afuera.
Blasa. ¡Ay pobre mayordomía!

ESCENA VIII.

DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

D.ª Enc. Lee, Serafin, que yo tengo
algo cansada la vista.
D. Seraf. Buena comision por cierto.
Querida Isabel... (*Representando.*)
¡Querida!
La satisfaccion me gusta.
¡Qué bien el galan principia!
(*Sigue leyendo.*)

«No quiero aumentar el sentimiento de usted, reprendiendo con sentidas quejas el desaire que acaba de hacerme en no prestarse á una conferencia...»

(*Representando.*)

¡Con ella hablar pretendia
á la hora de siesta! ¡Bravo!
¡Qué moral tan peregrina!
Pero le ha salido huera
la esperanza. ¡Isabelita!
No pensaba yo que tanto
á tu Serafin querias.

(*Sigue leyendo.*)

«Conozco demasiado la amarga situacion de usted, y la respeto: pero no puedo menos de recordar los sinsabores que la aguardan, prestándose á un enlace que no es de su gusto...»

(*Representando.*)

¡Traidor! ¿Por dónde lo sabe?
Poco duró mi alegría:
vuelven á abrasar los celos
mi corazon: ¡qué desdicha!

(*Leyendo.*)

«por obedecer ciegamente á un padre, que acaso mudaria de resolucion hablándole la verdad. Para esto queria ponerme de acuerdo con usted. Isabel, aun es tiempo: si está impresa en la memoria de usted mi antigua declaracion, y no la desaprueba, hablemos con energía á nuestros padres: el mio es en estremo bondadoso, y no dudo que atenderá á nuestras súplicas. Si el de usted tiene demasiado teson, no por eso dejará de abrigar los sentimientos que la naturaleza imprimió en el corazon de los que nos han dado el ser. Aguardo con impaciencia la contestacion de usted, para tomar mi resolucion con arreglo á ella; en la inteligencia, de que si usted desestima mi propuesta, pienso partir hoy mismo, y alejarme para siempre de este suelo.—Valerio.»

(*Representando.*)

Ya ve usted cómo trabaja
el perillan: cuál me tira,
y desbancarme pretende
para conseguir sus miras.
¡Qué infamia! Me desespero;

voy á perder en un dia
el mayorazgo y la novia,
todo.

D.ª Enc. Serafin, ¿deliras?
¿Viviendo tu madre piensas
que Valerio quede encima?
Llama á Pascual al instante.

D. Seraf. Si doy con él, vendrá aprisa.
(Se vá por la derecha.)

ESCENA IX.

DOÑA ENCARNACION *y despues* DON JUDAS.

D.ª Enc. Esta oposicion del hijo
me exaspera y mortifica;
y si pronto no la venzo,
despues será mas activa.

D. Jud. *(Que sale receloso por la puerta del foro.)*
¿Se ha marchado ya, señora?

D.ª Enc. ¿Quién?

D. Jud. Ese fiero homicida;
don Valerio, que con fuerza
armada nos hostiliza.
A desempeñar mi encargo
con los testigos venia,
cuando cate usted que en frente
se para de mí; investiga;
y porque no le respondo
me insulta y me desafia.
Los testigos, que la echaban
de valientes, se intimidan,
huyen, y no habrán dejado
de correr hasta Sevilla.
Yo tambien, si he de hablar claro,
tuve miedo, me horrorizan
las pistolas: cuando jóven
yo sin vanidad, tenia
mucho valor; en el barrio
todos mi espada temian;
pero á los cincuenta el hombre

es un pelele, un gallina.
me voy ahora mismo.

D.ª Enc. ¿Ahora?
¿con este calor?

D. Jud. Corria
hace poco un vientecillo
agradable; el sol no pica
cual antes; y sobre todo
quiero mas bien una engina,
un tabardillo, que un tiro
de pistola: hasta otro dia,
señora, venga usted pronto
á la ciudad.

D.ª Enc. No se diga
que va huyendo un escribano
andaluz de cobardia.
Aguarde usted.

D. Jud. No por cierto,
nada importan las hablillas,
que no perderé por eso
mi casa y la escribania.

D.ª Enc. ¿Con que está usted empeñado?

D. Jud. Sí señora, hasta la vista.

D.ª Enc. Allá nos veremos pronto,
acaso esta noche misma.

D. Jud. Entonces acabarémos
la tarea interrumpida.

ESCENA X.

DOÑA ENCARNACION *y despues* DON SERAFIN *y* PASCUAL.

D.ª Enc. A las armas ha apelado:
ese atrevimiento indica
que está ya á todo resuelto,
y que hará mas tropelías.

Pascual. Mande usted, señora.

D.ª Enc. Tienes
una muger atrevida,
enredadora; llevaba
la carta que ves, escrita

por Valerio, á la inocente
Isabel.

Pascual. ¡Accion indigna!
¿Mi muger tercera? ¡Infame!
La he de matar.

D.ª Enc. No con ira,
sino con astucia y arte
estas culpas se castigan.
Llama á Valerio; y á Blasa
por ahora nada le digas,
cuidado.

Pascual. Si no mediase
usted, ya no estaba viva.

ESCENA XI.

DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

D.ª Enc. Y tú, Serafin, de aqui
retírate un poco, fia
en el amor de tu madre,
que á hacerte feliz aspira.
Baja al patio, á despedir
al escribano: tenia
el pobre un terror...

D. Seraf. ¿Pues cómo?
¿Se marcha?

D.ª Enc. Con vengativa
saña ha querido matarle
tu hermano.

D. Seraf. ¡Qué villania!
voy corriendo: ¿no hay venganza
para tales demasias?

(Se vá corriendo por la puerta del foro.

ESCENA XII.

DOÑA ENCARNACION *y* DON VALERIO *que sale por la izquierda.*

D. Val. ¿Qué me manda usted?
D.ª Enc. ¿Es tuya
esta carta?
D. Val. (*Aparte.*) ¡Qué perfidia!
Me vendió Blasa. No puedo
negarlo, la carta es mia.
D.ª Enc. ¿Y un vivo remordimiento
no sentiste al escribirla,
sabiendo que estaba ya
Isabel comprometida
con tu hermano? ¿Asi se huellan
las leyes, asi conspiras
contra el honor de tu casa,
contra tu propia familia?
D. Val. Ese honor es el que quiero
ver sin tacha ni mancilla.
Si Isabel violenta fuese
al altar, ¿qué se diria?
Los nobles amparar deben
á la inocencia oprimida:
esto prescribe el honor,
que tanto se preconiza.
Yo sé que está disgustada,
que Serafin no la inspira
amor, que infelices ambos
serán, si se verifica
el enlace: ademas de eso
mucho antes que él yo tenia
derecho á su mano: hablé,
escuchóme complacida,
me dió esperanzas, que luego
el terror dejó marchitas.
Que vuelvan la libertad
á Isabel, y que ella diga
ante todos francamente

á cual de los dos se inclina.
D.ª Enc. La vanidad te deslumbra,
y arde en tu pecho la envidia.
D. Val. Solo envidio las virtudes,
las almas esclarecidas,
que dando lustre á la patria
gloriosas se inmortalizan.
D.ª Enc. Sino es un heroe tu hermano,
ni con esa gloria brilla,
sabe amar, ser obediente
á sus padres.
D. Val. No me admira:
tambien lo sé yo; no tengo
que aprender esa doctrina.
Si el amor no manifiesto
con halagos, ni caricias,
no por eso es menos vivo,
mas puro quizá respira;
que á veces aquellas son
demostraciones fingidas.
Para querer á mis padres
el interes no me anima:
(*Señalando al pecho.*)
Aqui estan mis sentimientos
grabados, aqui está fija
mi gratitud, sin el velo
de engañosa hipocresia.
D.ª Enc. Pues ya que tanto blasonas
de ese amor, no te resistas;
da una prueba de obediencia;
complace á tu madre; olvida
á Isabel.
D. Val. Con olvidarla
mas dichosa no seria,
aun dado que yo venciera
la pasion que me domina.
D.ª Enc. Esa pasion delirante
tu voluntad precipita.
De los males que os aguardan
no te deja ver la sima:
eres un ingrato, un....

D. Val. Madre,
ruego á usted que no prosiga,
y que contra mí no lance
ofensas no merecidas.
D.ª Enc. Las mereces.
D. Val. El respeto
me hace callar.
D.ª Enc. Que desistas
es necesario, sopena
de que á tus gefes escriba
don Lorenzo, cuando llegue
á saber...
D. Val. No me intimida
esa amenaza; al contrario
me da vigor, y me anima.
Ahora mismo voy á hablarle,
pues que no hallo otra salida,
y el rigor de usted me pone
en tan dura alternativa.
D.ª Enc. ¿A dónde vas insensato?
D. Val. A ver si alcanzo justicía. (*Se va.*)
D.ª Enc. Corro tras él: ¡qué dureza
de caracter, qué osadia!

ESCENA XIII.

PASCUAL *solo: sale por la puerta opuesta.*

Fuerte ha sido la tormenta,
y acaso mas crecerá.
¿Quién al cabo vencerá?
Esto es lo que me impacienta.
Por fin si el mayor alcanza
La vitoria, que lo dudo,
podrá servirme de escudo
mi muger, y de esperanza.
En toda guerra intestina
bueno es que siga el marido
un bando, mientras se inclina
la muger á otro partido.
En las guerras del estado

entre dos competidores,
algunos diestros señores
del mismo ardid han usado.
El dichoso que servia
en el bando vencedor,
daba á su hermano favor,
si el bando opuesto seguia.

ESCENA XIV.

Dicho y DON SERAFIN *que sale por la puerta del foro.*

D. Seraf. Dime, ¿dónde está mi madre?
Pascual. A don Valerio siguió,
que obstinado se empeñó
en ir á hablar con el padre
de Isabelita.
D. Seraf. ¿Qué dices?
Pascual. Lo cierto: ha habido jarana,
y temo para mañana
consecuencias infelices.
D. Seraf. Voy corriendo: ¡qué demonio!
temo á mi hermano que es diestro:
Pascual, reza un padre nuestro
entretanto á san Antonio.

ESCENA XV.

PASCUAL *solo.*

Rezára la letania,
si pudiera aprovecharnos;
¿pero cómo han de ayudarnos
los santos? Es boberia.
Él tronera, jugador,
con la virtud siempre en lucha,
y ahora que nadie me escucha,
yo tramposo y bebedor...
Pero Blasa viene allí
pesarosa y abatida.

ESCENA XVI.

PASCUAL *y* BLASA.

Blasa. Estoy inquieta y corrida:
¿qué dirá Pascual de mí?
Pascual. Acércate, marrullera,
ya sé lo que te ha pasado;
pero no tengas cuidado,
que eres mi fiel compañera.
Y aunque gran censura han hecho
de tu solapado porte,
yo defiendo á la consorte
partícipe de mi lecho.
Blasa. Haces bien, esposo mio.
Pascual. ¡Qué tierna estás! ¡Si tuvieras
treinta años menos!
Blasa. ¿De veras?
Con tus donaires me rio.
Pero, esposo, me echarán
de casa?
Pascual. Yo no lo sé,
y solo te afirmaré
que no te faltará el pan.
Dos partidos hay en casa:
si vence el hijo menor
tengo apoyo; si el mayor,
tú eres la apoyada, Blasa.
De este modo no nos falta
á los dos un buen puntal:
en teniendo á tu Pascual,
¿qué riesgo te sobresalta?
Pero allí vienen los amos
riñendo, segun parece;
fuera, que la bulla crece.
Blasa. Huyamos, por Dios, huyamos.

ESCENA XVII.

DOÑA ISABEL *y* DON LORENZO *salen apresurados, y tras de ellos* DON FERNANDO *y* DOÑA ENCARNACION.

D. Lor. No se fatiguen ustedes;
no puedo permanecer
un minuto en esta casa,
ni en parage donde esté
su hijo Valerio: me irrita,
no puedo tratar con él.
¡Hablarme de esos amores
tan contrarios al deber,
estando ya concertado
el matrimonio! ¿Qué ley
tiene á su propia familia,
qué decoro, qué honradez?
Y tú, rebelde, que has dado
(*A su hija.*)
motivo á este proceder...

D.ª Isab. Padre, yo estoy inocente;
nunca ese amor fomenté.
Señor don Fernando, imploro
su proteccion; sirva usted
de medianero, y ampare
á esta angustiada muger.

D. Fer. Don Lorenzo, es necesario
templar esa rigidez,
y no tratar á su hija
de ese modo tan crüel.

D. Lor. Cuando obedezca á su padre,
y pesares no le dé,
le encontrará complaciente,
y solícito en su bien.
Hasta la noche, si ustedes
piensan hoy mismo volver.

D.ª Enc. Aguárdese usted, iremos
á un tiempo.

D. Lor. No puede ser.
He jurado no ver mas

á don Valerio: otra vez
seré mas condescendiente
para complacer á usted.
Vamos. (*A su hija.*)

D.ª Isab. ¡Ay, triste! que solo
nací para padecer.

ESCENA ULTIMA.

DON FERNANDO, DOÑA ENCARNACION, *y despues* ELENA.

D.ª Enc. ¡Qué terquedad! En lo duro
parece un aragonés.

Elena. Corran, ustedes, señores,
por Dios, que va á suceder
una desgracia, que riñen
los dos hermanos.

D.ª Enc. ¿Lo ves?
(*A don Fernando.*)
Será el agresor Valerio.

Elena. No señora, el otro fue
quien comenzó.

D.ª Enc. Te engañaste:
¿eres contraria tambien?

D. Fer. ¿Hay padre mas desdichado
en su doliente vejez?



ACTO CUARTO.

El teatro representa una sala bien adornada, con una puerta en el foro, y otra á un lado.

ESCENA PRIMERA.

BLASA *y* ELENA.

Elena. ¡Qué trapisondas, Dios mio!
¡Qué repentinas mudanzas!
Estábamos en el campo
tranquilos esta mañana,
sin que al parecer hubiese
disposicioues de marcha,
y todo el mundo de pronto
á Sevilla se traslada.
¿En qué vendrán á parar
estos embrollos?

Blasa. Muchacha,
¿estás loca? ¿Asi te pones
á charlar en esta sala,
espuesta á que la señora
te escuche?

Elena. La lleva larga.
Allá la dejo en el cuarto
del amo, desesperada,
Riñéndole á veces, otras
suplicando, y nada alcanza.
El señor está empeñado
en no recogerse, y clama
venga la muerte, y protesta
que si al instante no llaman
á sus hijos, y no logra
reconciliarlos, le mata
la afliccion.

Blasa. Que los espere:
¿Quién á estas horas se encarga
de dar con ellos? El uno
está proscrito de casa
por órden de la señora,
y para siempre cerrada
tiene la puerta; el menor
se fue sin decir palabra,
al momento que llegamos
á Sevilla, y por la plaza
iba volando. Dios sabe
donde estará.

Elena. Cosa es clara,
en una casa de juego.

Blasa. Ten, Elena, juicio, y calla,
que estoy temblando; me temo
ser despedida mañana.
Ya sabes que está conmigo
la señora endemoniada:
ni aun quiere verme, despues
de haber servido en su casa
diez años.

Elena. No tienen ley
los amos, es gente mala.
Mientras qne nos necesitan
son blandos, y nos halagan;
pero si otra les ofrece
sus servicios, nos despachan.
Bien es verdad que lo mismo
nos portamos las criadas,
mudando cual de camisa:
amor con amor se paga.
usted sin embargo debe
sentirlo, que es buena papa
la mayordomia: apuesto
á que tiene usted ahorradas
algunas onzas.

Blasa. Ni un cuarto.

Elena. No lo creo, nó: ¡caramba!
si yo pudiera meter
la mano...

Blasa. ¿En dónde, taimada?
Elena. En el gato.
Blasa. No, hija mia,
no la meterás, que araña.
Pero mi señor marido
tarda en volver: ¡qué cachaza!
Elena. ¿En dónde está?
Blasa. Fue á llamar
á D. Lorenzo, le aguarda
El amo con impaciencia ,
y le ha encargado que traiga
á su hija Isabel: veremos
Elena, en lo que esto para.

ESCENA II.

Dichas y DOÑA ENCARNACION.

D.ª Enc. ¿Qué hacen ustedes aquí?
¡Murmurando! ¡Gente ingrata!
Váyase usted á su cuarto.
(*A Blasa.*)
Blasa. ¡Qué harpia! Muere de rabia.
(*Aparte y se va.*)
D.ª Enc. ¿No sabes del paradero
de Serafin?
Elena. No se nada.
D.ª Enc. Estoy inquieta, no puedo
sosegar: ¡las nueve dadas,
y no venir, cuando sabe
que hay en el pueblo una plaga
de ladrones! ve corriendo
al balcon á estar de guardia,
hasta que venga.
Elena. ¡Buen poste! (*Aparte.*)
Maldita sea su casta.

ESCENA III.

DOÑA ENCARNACION *sola.*

¡Jesus, Jesus! Estoy loca,
y no sé lo que me pasa.
¡Haberse frustado todos
mis designios y esperanzas!
¡No querer ya mi marido
testar, cerrarse á la banda
de este modo, y empeñarse
en que venga sin tardanza
Isabel? Ya desconfia
de mí. ¿Tuvieron tal magia
las palabras de Valerio
que han dado á su debil alma
impulso y vigor? Mas poco
durará esta llamarada.
Le abatirá el mal; no tiene
en sus designios constancia.
Yo triunfaré.

ESCENA IV.

Dicha, DON LORENZO *y su hija; esta se presentará muy abatida.*

D. Lor. Celebramos
La bienvenida.
D.ª Enc. Mil gracias.
D. Lor. Si antes lo hubiese sabido,
viniera. ¿Y cuál es la causa
de llamarnos con tal prisa
D. Fernando? Yo pensaba
que se le hubiese agravado
el mal; pero tal desgracia
no ha habido, segun parece.
D.ª Enc. No señor, es una rara
aprension, una mania
que le aflige, y le avasalla.

Quiere que esta señorita
hable con él...

D. Lor. ¿Está en casa
D. Valerio?

D.ª Enc. No señor:
tiene las puertas cerradas
por órden mia.

D. Lor. Bien hecho.

D.ª Enc. Yo procuraré mañana
obligarle á que se vuelva
á Cádiz.

D. Lor. Será acertada
resolucion.

D.ª Enc. Mi marido
viene: ¡qué impaciencia!

ESCENA V.

Dichos y DON FERNANDO.

D.ª Enc. ¿Es tanta
tu inquietud, que no has podido
aguardar?

D. Fer. Todo me cansa:
huyen la paz y el reposo,
los hijos me desamparan:
¡padre infeliz! Disimulen
ustedes estas amargas
quejas; y pues ya la muerte,
segun temo, está cercana,
mi espiritu vuele al menos
exento de graves faltas.
Quiero, Isabel, cerciorarme:
¿usted á Valerio amaba?

D. Lor. Y que le amase, ¿qué importa?
Ya de ese amor no se trata,
ni le ha aprobado su padre,
ni á su eleccion se dejaba.

D. Fer. Señor D. Lorenzo, en este
exámen tengamos calma.
Permita usted que su hija

diga la verdad, que sálga
libremente de su pecho
cuanto oculta: es necesaria
esta aclaracion, lo ruego
con las mayores instancias
á un amigo. Señorita,
hable usted, no la retraiga
el temor: el justo cielo
y mi proteccion la amparan.

D.ª Isab. Si mi padre me permite
contestar, y no se enfada,
ingénuamente diré
la verdad.

D. Lor. Está bien, habla.

D.ª Isab. Cuando vino á despedirse
al partir para la Habana
don Valerio, estando á solas,
con decorosas palabras
me espresó su amor, y el fin
honesto que en él llevaba.
No me pareció oportuna
en aquellas circunstancias
tal declaracion: sirviendo
estaba al rey y á la patria,
comprometido á marchar;
y si el servicio dejaba,
de un retiro poco honroso
yo hubiera sido la causa.
Si al contrario en él seguia,
y en Sevilla me dejaba,
¿cuál hubiera sido entonces
mi inquietud? En tan amarga
alternativa, no quise
acceder, aunque apreciaba
á don Valerio, y sus prendas
eran á mis ojos gratas.
Me escusé. ¿Puede hacer mas
una muger que es amada,
y no escucha á su deseo,
sino á la razon sensata?
Despues cuando don Valerio

lejos de Sevilla estaba,
y su voz dar no podia
aliento á mis esperanzas,
mi padre, á quien desde niña
obedecí como esclava,
el enlace me propuso
con don Serafin. Me hallaba
muy tibia para aceptar
tal propuesta inesperada:
la verdad, me resistí,
manifesté repugnancia,
aunque con temor, pues siempre
fui tímida y reservada.
Insistió mi padre; dijo
que empeñada su palabra
tenia; que era esta union
muy útil á las dos casas:
hízome un elogio grande
de don Serafin; me hablaba
como de cosa resuelta,
con el tono de quien manda.
Cedí, no tuve valor
para ser ingénua y franca.
Esta es mi culpa.

D. Lor. ¡Atrevida!
¿Culpa á la obediencia llamas?

D.ª Isab. Culpa, sí señor, lo es grande,
segun lo que por mí pasa,
no decir con franco pecho
esa union me desagrada;
va á hacerme infeliz, no puedo
contra mi gusto aceptarla.
¿Qué padre, si es hombre justo,
si tiene buenas entrañas,
querrá obligar á su hija
á vivir desventurada
para siempre? Padre mio,
(*Arrodillándose.*)
usted que tanto me amaba,
no lo hiciera con su hija
huérfana, sin que la valga

la proteccion de una madre
en su afliccion y desgracia.

D. Fern. ¡Infeliz! sus espresiones
el corazon me desgarran.

D.ª Enc. (*A don Fernando.*)
Te lo dije, que seria
esta conferencia infausta,
que iba á aumentarse con ella
tu dolor.

D. Fer. No insistas, calla.
Muera yo sin haber hecho
una injusticia, y el alma
podrá quieta presentarse
al sumo Juez que la aguarda.

ESCENA VI.

Dichos y ELENA.

Elena. Don Judas está, señora,
aguardando en la antesala,
y hablar á solas desea
con usted.

D. Fern. No hay en mi casa
secretos; dile que venga,
que salir no puede el ama.
(*Se va Elena.*)

D.ª Enc. ¿Y si alguna cosa tiene
que decirme reservada?

D. Fern. Nada importa; en ese caso
todos sabremos callarla.

D.ª Enc. Para mí es indiferente;
no tengo que ocultar nada.

ESCENA VII.

Dichos y DON JUDAS.

D. Fern. Venga usted, y con franqueza
díganos lo que traia.
(*A don Judas que entra haciendo afectadas cortesías.*)

D. Jud. A solas hablar queria
por pura delicadeza.
Como usted no se halla bueno,
y el mensage fatal es...

D. Fern. Para cualquiera revés
me encuentra usted muy sereno.

D.ª Enc. (*Sobresaltada.*)
Pronto, sepamos que ha habido;
nuestra inquietud tenga fin:
¿con mi amado Serafin
algun desman ha ocurrido?

D. Jud. No es cosa de gran momento;
mocedades, travesuras
de gentes poco maduras
y ligeras como el viento.
En casa de una muger,
que por señora pasaba,
gran concurso se juntaba
al tiempo de anochecer.
Alli en ilícito juego
grandes sumas se perdian,
que por mágia enriquecian
al tahur llamado griego.
De uno y otro sexo alli
unida la juventud,
iban muchos sin salud,
y sin un maravedí.
Gastábase por azumbres
el ardoroso Jerez,
y con el trato soez
se estragaban las costumbres.
Por desgracia el señorito,
queriéndose divertir,
dió tambien en asistir
á tan infame garito.
La policía sagaz,
que de ello noticia tuvo,
lista y vigilante anduvo,
y su celo fue eficaz.
Los esbirros penetraron
en la casa de repente,

y sobre el oro y la gente
con largas uñas se echaron.
Alli arrestados estan
los jugadores temblando,
las órdenes esperando,
que muy gratas no serán.
Supe esta triste ocurrencia
por casualidad, y vine
para que usted determine
(*A doña Encarnacion.*)
con su buen juicio y prudencia.

D.ª Enc. Algun bribon ha engañado
á Serafin: no es posible
con sus buenos sentimientos,
que en un garito se envicie.
¡Hijo mio! ¡Tú en las garras
de inhumanos alguaciles!
Es preciso rescatarle,
antes que aquellos caribes
en una cárcel le encierren,
donde la peste respire.
A casa del comisario
voy ahora mismo, á pedirle
que no dé cuenta, y me entregue
al jóven incauto libre.
Don Lorenzo, ruego á usted
por la relacion que existe
entre nosotros, se sirva
acompañarme.

D. Lor. Imposible
me parece, que lleguemos
á tiempo.

D.ª Enc. Corro á vestirme.

ESCENA VIII.

Dichos, menos DOÑA ENCARNACION.

D. Lor. ¡Qué lance!

D. Jud. La policia,
que de socaliñas vive,

los molestará bastante
y usará de mil ardides,
para sacar el redaño
á los pobretes que gimen.
¡Qué diablos de policia!
¿Para qué en España sirve
cuando en las reales audiencias
tenemos salas del crimen?
Un juez con un escribano
y dos ó tres ministriles,
bastaban para tener
á raya cien matachines,
y un diluvio de tunantes
que con sus garras sutiles
escudriñando las bolsas,
á costa del pueblo viven.
Si algo no tienen ustedes,
señores, que prevenirme,
me voy.

D. Fern. Aguárdese usted,
porque tengo que decirle.

D. Jud. En servir á usted con celo
mi mayor honra consiste.
Querrá pagarme: no debo (*Ap.*)
á esta oferta resistirme.

ESCENA IX.

Dichos y DOÑA ENCARNACION *de mantilla.*

D.ª Enc. Ya estoy lista, don Lorenzo
vamos corriendo; usted cuide
(*A Isabel.*)
señorita, de mi esposo.

Isabel. Segun el deber lo exije,
con la voluntad mas fina:
usted señora, descuide.

ESCENA X.

DONA ISABEL. D. FERNANDO *y* D. JUDAS.

D. Fern. (*A don Judas.*)
Usted hizo un testamento.
D. Jud. Sí señor, cierto que le hice,
y usted ya sabrá el motivo
porque está sin concluirse.
D. Fern. Lo sé: vaya usted por él
si lejos de aqui no vive.
D. Jud. Aunque viviese en Triana,
allá fuera por servirle;
ademas que no está lejos
mi casa: todo el busilis
consiste en querer: quien tiene
voluntad al punto sirve.
D. Fern. Mil gracias.
D. Jud. (*Aparte.*) El aguijon
mas fuerte son los monises.

ESCENA XI.

DONA ISABEL *y* DON FERNANDO.

D. Fern. Ya solos hemos quedado
Isabel: está usted triste;
no lo estraño: ¡desdichada!
la acosan á usted, la oprimen.
Mas, ¡ánimo! que en mí tiene
un padre, un apoyo firme.
Isabel. ¡Ah señor! ¿con qué espresiones
descubrirá esta infelice
su gratitud? De un abismo
en que iba mísera á hundirme,
usted me aparta, y piadoso
de esclavitud me redime.
D. Fern. Libre es usted: ahora elija,
como ha debido elegirle
á gusto suyo, un esposo.

Si es Valerio á quien distingue
con su preferencia, al punto
le llamaré.

Isabel. Usted se aflige.

D. Fern. No es de estrañar, se ha apartado
de nosotros; ya no vive
con sus padres; la discordia
de los hermanos terrible,
causó esta separacion
dolorosa: esfuezos hice
para que el mayor quedara;
pero mi esposa... no quise
irritarla... prescindamos
de esto ya. ¿Usted se decide
por Valerio?

Isabel. Sí señor.

D. Fern. Él, que es honrado y no finge,
declaró su amor ardiente:
serán ustedes felices.

ESCENA XII.

Dichos y BLASA.

Blasa. Señor, usted disimule
que me atreva á interrumpirle
su hijo de usted don Valerio...

D. Fern. ¿Qué quiere? ¿Le has visto? dime.

Blasa. Allá fuera está esperando:
si usted entrar le permite...

D. Fern. Al momento, di que venga.

Blasa. ¡Qué gozo el pecho recibe!
Dios bendiga á usted. (*Se vá.*)

D. Fern. ¡Con cuánto
celo esta muger me sirve!

Isabel. Lo sé muy bien; por Valerio
oficiosa se desvive:
por él á perder se espuso
su colocacion.

D. Fern. No insiste
sobre este punto mi esposa,
porque me encontró inflexible.

ESCENA XIII.

Dichos y DON VALERIO.

D. Fern. ¡Valerio!
D. Val. ¡Querido padre!
D. Fern. Mis brazos, hijo, recibe,
y el corazon.
D. Val. Con el mio
siempre estrechado respire.
A veces la Providencia,
que nuestros destinos rige,
facilita al desdichado
lo que este juzga imposible.
En soledad dolorosa,
como cautivo que gime,
pensaba, Isabel, las horas
pasar de una noche triste;
mas tuve aviso, y volando
á ver á mi padre vine,
y á usted que cual ángel puro
de guarda á su lado asiste.
D. Fern. Cual ángel consolador,
muy bien, Valerio, dijiste;
pues con su vista se calman
los pesares que me afligen.
Ya estará siempre conmigo,
ya puedes con ella unirte.
D. Val. ¿Será verdad? ¿Tanta dicha
plugo al cielo prevenirme,
despues de haberme probado
con tal dolor? ¿Es posible,
Isabel, que de esa mano
poseedor pueda decirme,
cuando tan ansiado logro
me pareció mas difícil?
Isabel. Sí, don Valerio, usted puede
llamarse tal: hoy consiguen
nuestras almas la ventura
y el descanso bonancible,

que tras borrasca espantosa
viene sereno cual iris.
Con gratitud bendigamos
una y mil veces y miles,
á un padre tan amoroso
por quien nuestro amor revive.
Apoyada en él no temo
contradicciones ni ardides.
¿Quién de un mediador tan justo
á la voz santa resiste?

D. Fern. (*Abrazándolos.*)
¡Hijos! El cielo derrame
sobre esta union apacible
sus favores. La virtud
que al veros dulce sonrie,
con vosotros enlazada
se muestre cuando yo expire.
Fuí debil: ¡triste del hombre
á quien los males oprimen!
su espíritu acongojado
ni el bien á veces distingue,
ni la verdad. Por fortuna
no siempre el cielo permite
que triunfe el error: piadoso
hoy me guia, y os bendice.

ESCENA XIV.

Dichos y DON JUDAS.

D. Jud. (*A don Fernando.*)
Aqui traigo los papeles
que usted pidió... ¿Mas que miro?
(*Viendo á don Valerio.*)

D. Val. Acérquese usted, don Judas,
que ya no soy enemigo,
y descargadas estan
las pistolas.

D. Jud. Señorito,
¡cuánto me alegro de verle
tan gozoso, tan distinto

de lo que fue! asi me gustan
los caballeros, benignos,
con una cara de rosa,
derramando beneficios
con profusion. Que Sevilla
goze millares de siglos
la bondad de una familia,
mas noble que Carlos quinto.

D. Val. ¡Buen andaluz!

D. Fern. Secretario,
(*Señalando á la mesa.*)
venga usted aqui conmigo,
y hablaremos.

D. Jud. ¿Qué se ofrece?
para servir estoy listo.

(*Mientras don Fernando y don Judas se ocupan en estender las dos cláusulas del testamento que se leerán mas adelante, quedan conferenciando don Valerio y doña Isabel en el proscenio.*)

Isabel. Aguardo con impaciencia
á mi padre; me intimido
al pensar con cuanto enojo
este cambio repentino
va á saber.

D. Val. Procuraremos
con ruegos y raciocinios
aplacarle, y si no quiere
ceder, ni darse á partido;
usaremos del derecho
que nos da la ley.

D. Jud. (*A don Fernando.*) Ya escribo.

D. Fern. Las dos cláusulas no mas:
en lo restante me afirmo.

D. Jud. (*Escribiendo.*)
Entiendo perfectamente,
quedará usted bien servido.

ESCENA XV.

Dichos, DOÑA ENCARNACION, D. LORENZO *y* D. SERAFIN.

D.ª Enc. (*A don Serafin al entrar.*)
Corre á abrazar á tu padre:
¿mas qué es esto? Allí distingo
á Valerio.
D. Seraf. ¡Qué maldad!
no hay duda, nos han vendido.
D. Lor. Yo voy, señora, á acercarme,
y cortaré por lo vivo.
(*Acércase á Isabel.*)
Sígueme, Isabel, y vamos
á casa... ¿No lo has oido?
¿Resistes? Pues á la fuerza...
D. Val. Eso no: decida el juicio,
Don Lorenzo: con rendida
atencion á usted suplico
que se calme, y las razones
oiga...
D. Lor. ¿Razones? Delirios.
Nada escucho.
D. Fern. Don Lorenzo,
ese punto suspendido
por ahora quede, pues antes
leerá el señor lo que ha escrito.
Secretario, empiece usted.
D. Jud. Silencio y atencion pido.

Cláusula primera relativa al nombramiento de sucesor en el mayorazgo.

Usando de la facultad concedida por el fundador de este mayorazgo, para que el poseedor del mismo pueda elegir por sucesor al hijo, ó en defecto de estos, al pariente que mejor le parezca; nombro á mi hijo Valerio y á sus descendientes para que posean y gocen perpetuamente este mayorazgo, y á falta de ellos á mi segundo hijo Serafin y sus descendientes.

Cláusula segunda de mejora. Usando de la facultad que me conceden las leyes de estos reinos, mejoro en el tercio y quinto de mis bienes libres al espresado mi hijo don Serafin, con la condicion precisa de que inmediatamente se dedique á la carrera ó profesion que fuere mas de su gusto; en la inteligencia, de que no haciéndolo asi, se ha de entender revocada esta mejora.

D. Fern. (*Acercándose á don Lorenzo.*)
Isabel es de Valerio;
no hay remedio, amigo mio:
mas vale casarla bien
con un valiente marino,
que con un jóven incauto,
frecuentador de garitos.

D. Lor. Es verdad; mas don Valerio
tiene un caracter altivo.

D. Fern. Usted se engaña, es ingenuo,
no adulador fementido.

D.ª Enc. ¿Y asi á tu esposa desairas,
despues de tanto cariño,
del esmero y la constancia
con que en el mal te ha asistido?

D. Fern. Esposa, no te alucines,
que yo siempre soy el mismo.
¿Quisieras que se premiasen
la disolucion y el vicio?
¿No estás viendo claramente
cual de los dos es mas digno?

D. Seraf. (*Con desentono.*)
¡Pues qué! soy yo por ventura
algun malhechor? ¿Los hijos
de la principal nobleza
no van al juego? Está visto,
aqui no se hace justicia,
no hay mas que puros caprichos.
Va uno á casarse, y le quitan
su novia con artificios
y un mayorazgo, y que rabie.
¿Esto es ser equitativos?
Y ademas de eso me mandan

aprender ahora un oficio....
¿No es esto para aburrirse,
para colgarse de un pino
y... pero, madre,... no quiero
estar aqui: me han perdido.
(Se va precipitadamente.)

D.ª Enc. ¡Hijo de mi amor! No puedo
vencer mi pasion; te sigo.

ESCENA ULTIMA.

Dichos menos DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

D. Fern. ¡Triste de mí! no conoce
su sinrazon.

D. Lor. Pues el niño
es alhaja, se conoce
que está bien arrepentido.
Don Valerio, ya soy otro:
venga esa mano de amigos.
Es tu esposo. *(A Isabel.)*

Isabel. Amado padre,
exija usted sacrificios
de mí.

D. Lor. Nada: que me quieras.

Isabel. Con el mas tierno cariño.

D. Val. Y en él tendrá tambien parte
vuestro yerno agradecido.

D. Fern. Vamos á ver si podemos
con ruegos encarecidos
templar á una ciega madre,
víctima de su capricho.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas, en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana.........	*Urban Ramos.*
Cadiz.....................	*Hortal y compañia.*
Barcelona...........	*Piferrer.*
Valladolid.........	*Rodriguez.*
Zaragoza............	*Yagüe.*
Granada.............	*Sanz.*
Valencia.............	*Mallen.*
Coruña................	*Perez.*
Burgos................	*Arnaiz.*
Vitoria................	*Hormilugue.*
Santander..........	*Martinez.*
Santiago..	*Rey Romero.*
Sevilla.................	*Caro Cartaya.*
Oviedo................	*Longoria.*
Salamanca.........	*Moran.*
Málaga................	*Carrera.*
Murcia................	*Benedicto.*
Pamplona..........	*Suarez.*
Córdoba..............	*Berard.*
Badajoz...............	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy....................	*Cabrera.*
Jerez....................	*Bueno.*
Palencia..............	*Pastor.*